

El Hombre Americano

Por José Vasconcelos

(Hace poco falleció en México este ilustre pensador que dedicó su vida a escudriñar la sociología americana. Como homenaje a su memoria y a su obra recogemos este admirable ensayo suyo).

La civilización nació en el trópico y ha de volver al trópico. A medida que los estudios avanzan y que el progreso se acentúa, se va confirmando esta verdad, que hubiese parecido aventurada hace apenas cincuenta años, cuando privaba indiscutida la tesis que asimila con el clima templado la definición misma de la cultura. Ya desde la prehistoria es fácil observar en América, lo mismo que en los otros continentes, que las poblaciones de la tierra templada no logran construir monumentos apreciables, y, en cambio, todavía no se acaba de descubrir el inmenso reino arquitectónico de quechuas y mayas y zapotecas y toltecas, habitantes todos de tierras de sol. Los datos de la prehistoria no dejan duda con respecto a la inmensa superioridad intelectual de los habitantes de las zonas cálidas de América sobre los **moundbuilders** de Missouri y sobre los cazadores de Nueva Inglaterra y el Canadá. Por el Sur se observa también el mismo fenómeno: salvajes primitivos en Patagonia, civilización creciente a medida que se asciende sobre la meseta boliviana y se llega hasta el Cuzco o se baja hasta Pachacamac.

El descubrimiento y la conquista no modificaron sensiblemente la situación. Desde el principio parece que los mismos vientos, empujando a las naves de Colón hacia el Sur, contribuyeron para que el trabajo inicial de la europeización de la América se comenzase en el corazón de la cultura indígena, en los dos reinos más prósperos de la época, el azteca y el inca.

Pero coincide con la colonización del Nuevo Mundo el comienzo de un período histórico cuyas causas se originan en Europa y se hacen sentir después en el mundo entero, un período en que los centros de la cultura se desplazan. Roma y Bizancio ceden el cetro a París y a Londres, y ya no es el Mediterráneo el mar mundial, sino el

Báltico, primero, y después el Atlántico. Al mismo tiempo, Inglaterra, España, Holanda y los Estados Unidos se convierten en potencias directoras.

Durante los siglos XVIII y XIX las potencias nórdicas se consolidan y llegan a tal poderío que surge entre ellas mismas el conflicto. Las dos ramas más importantes de la familia rubia, la germánica y la inglesa, arrastran al mundo a uno de los más pavorosos desastres que registra la historia: el desastre mundial de la gran guerra; sin embargo, el poder de la civilización nórdica no sale de allí quebrantado. Londres sigue siendo la verdadera capital, la capital imperial del mundo, la nueva Roma, y Nueva York es como otra Bizancio, la segunda cabeza del poderío anglosajón.

El ritmo del desplazamiento de la cultura desde el lugar de su origen que es la zona cálida, hasta las tierras frías y templadas, se manifiesta también en el Asia con el despertar del Japón, que ha hecho de un imperio humilde, en los días del fausto de persas e hindúes, la potencia preponderante del mundo oriental.

La América no podía escapar al proceso, y no escapó por la sencilla razón de que la causa del proceso se encuentra en la aplicación del combustible al trabajo, y tanto por la distribución de los recursos naturales conocidos entonces, como por las condiciones climatéricas y sociales, fueron las razas de zona fría las encargadas de desarrollar la utilización del combustible en gran escala. Por eso, no hace sino confirmar la ley indicada, el hecho de que, también en nuestro continente, la cultura que floreció durante todo el siglo XVIII en la Nueva España decae allá, en tanto que durante el siglo XIX se acrecienta en los Estados Unidos, de donde hoy desborda. Al mismo tiempo, el Perú y Bolivia entran en receso, mientras surgen las nuevas potencias contemporáneas de Argentina y la zona templada del Brasil.

Ante la general ratificación del crecimiento de la civilización de clima templado, los que sólo atienden al presente se apresuran a formular la constante de que el frío y la cultura constituyen circunstancias inseparables. Sin embargo, poco valen dos siglos de historia frente a los cinco mil años anteriores, que fueron como otros tantos días de gloria deslumbrante de las civilizaciones que son hijas del sol.

Sin necesidad de entrar en el análisis de lo que realmente han agregado estos dos últimos siglos a la cultura humana; sin hurgar en las ideas, en las creencias ni en el arte —pobre arte nórdico, que casi no merece el nombre—; sin negar una sola de las ventajas trascendentales y definitivas que la cultura debe a esa su traslación hacia el polo y a su conquista relativa del frío, hay ya hechos que comprueban el comienzo de un retorno, la vuelta fatal de todo ritmo. Ahora son los mismos nortños los que se aprestan diremos a retornar, diremos simplemente a venir a las regiones cálidas. ¿Pruebas? No es necesario mencionar muchas, sobre todo en Puerto Rico, donde la civilización nórdica ha venido a buscar renovaciones. Pruebas las tenemos también en Centro América, llena de empresarios nórdicos, y en Africa, invadida gradualmente por el industrialismo francés. Lo prueban las colonias, los protectorados que Europa se reparte sobre las zonas antes desdeñadas

del trópico. Desdeñadas del observador superficial, pero nunca del pensador. Añoranza del sol, ansia de retornar a los sitios donde la vida palpita y se expande bajo un manto de gloria. ¡La civilización retorna hacia el trópico!

Y este retorno implica uno de los más trascendentales sucesos de la historia, porque el trópico no sólo quiere decir un cambio de exterioridades, sino también modificaciones esenciales en el espíritu de la cultura. El trópico quiere decir: profusión de elementos activos, aire y libertad, luz y alegría y multiplicación de los ritmos. La América latina, que en su mayor extensión es tierra cálida, ha sufrido, pues, las vicisitudes de su cuerpo, que es tropical. Tiene pasado, un pasado ilustre, y se ha quedado relativamente dormida, aletargada durante el fatal siglo XIX, y ahora intenta despertar. Pero ha de levantarse y moverse conforme a su ley ancestral, conforme a la ley de la cultura del trópico. Tal cosa no quiere decir, desde luego se advierte, que nosotros pretendamos tomar de modelos a los Moctezumas y a los Capacs; la retroacción no es la vida y precisamente el trópico tiene por esencia la eterna y vigorosa lozanía. Lo que quiere decirse es que al trópico han de venir las aportaciones todas de la cultura para tomar aquí la forma y el contexto finales y sintéticos. No importa de dónde vengan la raza o el concepto, aquí habrán de trasmutarse para la expresión definitiva de su valor. Todo esto es incontestable; pero reflexionemos en que no sólo la tierra impone la ley, en que no sólo el clima da norma y colorido y savia a los frutos. Recordemos que el hombre es el elemento de transformación de todas las uniformidades, de todos los procesos, y estudiemos al hombre, al hombre iberoamericano del pasado y del presente para poder imaginar en seguida, al hombre del mañana.

De toda la maraña de hipótesis y leyendas de la prehistoria americana, una afirmación parece confirmada: la existencia de un tipo étnico, el hombre rojo, apodado por equivocación indio, pero al que ya no podemos dejar de llamar indio: el azteca mongoloide de algunas clasificaciones etnográficas; el que vino por el Estrecho de Behring, según cierta teoría estimable; el que llevaba hasta nuestras costas bajeles que dejaron grabada su figura en los huacos peruanos; el que procede del interior de la Patagonia, según cierta tradición incaica; el que tuvo que ver con la Atlántida, según exclaman todos los que contemplan Palenque y Chinchen Itza y Uxmal. En el fondo, quizás todas las leyendas son exactas. Pero, ¿cómo vino a quedar reducida a la nada toda esa prodigiosa cultura maya quiché que al llegar los españoles a Yucatán ya era sólo lo que es hoy: un melodioso misterio de palacios y de torres y de pirámides? Sea como fuere, aquello desapareció, como han desaparecido todas las grandes culturas parciales.

Y así como en la historia geológica de la tierra cada período deja una formación indestructible, una huella tangible y característica, también es evidente que cada período del florecimiento del espíritu deja en el plasma general, en ese plasma germinativo de donde vienen todas las razas, no sé qué oculto tesoro, no sé qué conciencia infusa que se manifiesta en el instante en que vuelve a ponerse a prueba la conciencia colectiva. Comparad, si no, la rudeza del piel roja, en cuya zona no hubo cultura, con la aguda percepción estética, con el fino dibujo,

con la eurytmia sutil de todo lo que sale de las manos o de la conciencia de un indígena de las zonas tradicionales de Anahuac o del Perú.

Tenemos, pues, como primer elemento étnico, al indio indígena de América. Constituye una raza porque es conjunto de individuos de origen y caracteres semejantes. No dudamos que se podrá negar la unidad de la raza indígena; a la simple vista, y sólo dentro del territorio de México, y todavía en nuestros días, hay una diferencia enorme entre las razas indígenas de la altiplanicie y las de las costas, entre las razas bárbaras de Sonora y las más refinadas y cultas del Sur. Predomina en algunas tribus el tipo mongólico, se advierten en otras los rasgos bien dibujados del tipo clásico y aun las hay que guardan misteriosas semejanzas con el indú. Todas estas diferencias, ¿acaso no se encuentran también entre las naciones de la raza blanca? No sería posible el uso de un solo término genérico y, por lo mismo, no sería posible pensar si llevásemos el distingo y el escrupulo hasta la nimiedad de los detalles. Toda clasificación supone el sacrificio de un sinfín de particularidades, con el objeto de lograr una generalización que suele ser más real que todos esos detalles que preocupan al analista.

No sólo el pensamiento, la vida misma es una manera de generalización y de síntesis, dado que nuestra facultad electiva y nuestra voluntad tiene que despreciar a cada instante una infinidad de móviles para poder aprehender siquiera unos cuantos que nos sirven para pensar y para obrar. A fin de juzgar del valor de cada factor étnico, necesitaríamos contar con datos que todavía no descubre la ciencia. La misma importancia del factor étnico es cosa todavía controvertida. La tesis, temporalmente célebre, de la superioridad incontestable de los dolicocefalos rubios, los conquistadores providenciales de Gobineau y de la mayoría de los antropólogos anglosajones, no ha sido confirmada. Todo lo contrario, va siendo abandonada. La selección natural, según la interpretaron los darwinistas políticos a lo Herbert Spencer, tampoco pasa de ser uno de esos argumentos implícitos en todo imperialismo, con el cual de una manera inconsciente la filosofía de los dominadores de una época justifica el vandalismo de los portadores de la conquista. Para el pensador iberoamericano que mira a distancia y sin la pasión del autor de las conclusiones de la ciencia europea, hay dos maneras de juzgar la importancia del factor étnico: la antigua, que llamaremos clásica, y el cientificismo particularista de la época reciente. El primer punto de vista, el clásico, apoyado más o menos directamente en la tradición del saber común, juzga que el hombre es el factor primordial y decisivo de la historia. En cambio, según los observadores de la escuela científico-experimental, el hombre no es más que un producto condicionado a sus antecedentes y al medio en que tiene que alentar. Pero es curioso ver cómo aquellos mismos que niegan o amenguan el valor de la iniciativa humana no vacilan en seguida en patrocinar ciertas hipótesis que colindan con el providencialismo clásico. Por ejemplo, la tesis de la reaparición casi milagrosa de determinados caracteres físicos entre el grupo dominante de cada época y de cada pueblo, lo que demuestra la insistencia con que volvemos a la creencia de que el hombre es un factor no sólo capital, sino capaz de transformar las condiciones y acaso la esencia misma de la vida. Aceptada la trascendencia

del factor humano, el problema de la raza toma en seguida prelación sobre todos los demás que constituyen una época.

Una suerte de indeterminación, una movilidad progresiva del espíritu, nos lleva también a considerar que el factor mismo de la raza dista mucho de ser un elemento fijo; por mucho que el medio conspira, como ya se sabe, a perpetuar ciertos tipos en determinadas regiones, el espíritu no siempre obedece a la fatalidad del ambiente. Entre todos los procesos de la creación no hay uno que cambie más de prisa, más inesperada y más fatalmente que ese misterio de la textura humana interna. Tan poderosa es la fuerza que obra en nuestro interior que no hay en las razas avanzadas dos rostros humanos idénticos. Parece que cada alma logra moldear su propia estructura externa. El hecho es que no hay cosa más variable y más rica de aspectos que el sujeto humano. Y si cambian de esa manera, en una sola generación, los tipos de una misma stirpe, ¿cuánto mayor no será el cambio que se produce a la larga en los pueblos? La raza entonces es un concepto subordinado a una realidad en perpetua transformación. El indio contemporáneo, pongo por caso, revelará semejanzas de rasgos físicos con sus antepasados precolombinos. La materia es más lenta para obedecer a la ley perenne de la ascensión a las formas más altas; pero la idiosincracia del indio se ha modificado radicalmente con el advenimiento de la cultura europea. A tal punto, que aquellas tribus que han quedado apegadas a su lengua y costumbres, encerradas dentro de los medios reducidos y remotos de los valles y las serranías, se encuentran hoy como si hubiesen perdido toda conciencia, pues no queda impune el pecado de sustraerse a la corriente general de la vida. La ley del espíritu es el cambio perpetuo hacia adelante. Por eso los que se aíslan y apegan a una sola tradición reniegan de la ley del espíritu y como que recaen en la ley de las cosas físicas, y la esencia del hombre no tiene la calidad simple de la piedra, que permite hacer ensayos de eternidad: el hombre, cuando quiere perdurar en su estado, decae. Decae porque su condición es flaca y como un tránsito desesperado del que hay que salir para no perecer. La manera de salir es seguir adelante con la magnífica y trágica carga. El mundo físico americano está hecho como para contrariar esa ley de eterna renovación que es inseparable de la vida del espíritu. Las grandes distancias, los desiertos, las selvas, las cordilleras, todo es obstáculo para la reunión y renovación de los grupos. Quizás esto explique esas misteriosas decadencias, esas desapariciones totales de culturas que llegaron a tan alta cumbre, como la maya y la zapoteca: les faltó el contacto de otras culturas. Las razas de América se habían quedado, pues, como dormidas, y esto marca la importancia de la llegada de los españoles. Cuando aparecieron sobre las costas los primeros capitanes, las poblaciones indígenas los aclamaban como a dioses. Las razas solitarias sintieron la fascinación de la leyenda que se cumple, del ansia vital que se colma. Y sólo al declararse el período fatal de la lucha con toda su rudeza pudo un Cuahatemoc decir: "No son dioses, sino bandoleros, y como a tales habremos de batirlos". Lo cierto es que aquella guerra santa marca el fin de la raza indígena, que no volverá jamás a ser lo que fue y marca también la transformación del español, que ya no volverá a ser el súbdito eu-

ropeo de los reyes católicos, sino el factor turbio si se quiere, pero resuelto y vigoroso, de una nueva cultura mundial.

Al juntarse en la América españoles con indios se produjo un caso totalmente distinto de todos los que antes había conocida la historia: el español y el indio, después de luchar, se unieron y mezclaron sus sangres. No es que antes no hubiese habido mestizajes. Sabido es que conforme a los etnólogos, no hay una sola raza pura, y cuando se encuentran grupos humanos relativamente puros se les ve decaídos y postrados en su aislamiento; pero el caso de América es el primero de un mestizaje brusco y en grande. No hay ningún parentesco étnico entre el español de la península y el indígena americano. Si los conquistadores de América hubieran sido mongoles, quizás el contraste de sangres habría sido mucho menos marcado. Afirmamos esto sin dar mayor importancia a las teorías que se han querido dar, algunas veces como verdad experimental, a propósito de la procedencia asiática del hombre americano. Suponiendo que esas afirmaciones fuesen exactas, la identidad de los tipos estudiados por el profesor Halrlicka en Siberia con los tipos de algunos salvajes americanos probaría solamente la existencia de corrientes inmigratorias por el extremo ártico del continente; pero el hecho deja en pie el misterio de las civilizaciones aparecidas por el Centro y por el Sur. Lo indiscutible es que las dos razas, que se mezclaron para formar lo que hoy es el *substratum* de la población iberoamericana, representaban dos polos étnicos, y el hecho de su intermisión parece una de esas sorpresas del tiempo y uno de los más curiosos, de los más trascendentales ensayos fisiológicos que se han producido.

Esto nos trae de lleno a uno de los problemas capitales de Iberoamérica: el problema del mestizaje. Ya hemos dicho que, en general, el mestizaje ha sido la ley de la humanidad entera y que la pureza de la sangre, entendiendo por tal la descendencia de una sola línea de un solo tipo, sólo pueden reclamarla las poblaciones reducidas y aisladas. Basta, por otra parte, el menor contacto con otro grupo humano para que se produzca un mestizaje que no va ciertamente de las capas bajas de un grupo a las capas bajas del otro, sino todo lo contrario, puesto que siempre es el hombre fuerte y poderoso de la clase dominante el que busca entre la población vecina oportunidades nuevas de goce. Esto hace exclamar, por ejemplo, a Pittard "que son los pobres diablos los que poseen la más grande nobleza étnica". A pesar de eso, el caso de América fue tan singular que se produjo cierta vacilación en el funcionamiento de la ley normal de las relaciones sexuales humanas. La vacilación llegó a la abstención, por ejemplo, en la zona que más tarde ocuparon los ingleses. En la zona clásica de la Nueva Inglaterra, fueron raros los casos de matrimonio de blanco con india; pero, en las colonias americanas de Portugal y Castilla, la regla fue el libertinaje, y la práctica obtuvo sanción en el instante en que la Iglesia católica reconoció la calidad de hombres con alma de los indígenas y, en consecuencia, les autorizó para recibir los sacramentos y, entre ellos, el matrimonio. No debemos desconocer que todavía hay algunos que juzgan que fue un error esta legalización de un proceso discutible desde el punto de vista étnico. Todavía para muchos el fracaso

de la América Latina consiste precisamente en ese mestizaje que califican de inferior y el éxito del sajón depende de la dominación continuada y severa de la sangre puritana que vendría a constituir una especie de nobleza dominadora y directora. No niego ni la contraposición, ni la fuerza de las dos tesis. Pero así como tantos se han ocupado ya de aportar argumentos en favor de la tesis de la raza pura como factor dominante y, en resumen, en favor de la tesis que dice a **good indian is a dead indian**, yo me he estado dedicando a encontrar argumentos y, lo que es más importante, pruebas, de que también la tesis contraria, la tesis favorable al mestizo, tiene fundamento y valor.

Sostengo que será más fecunda a la larga, y que tiene más importancia para la humanidad en general la obra de este mestizaje que la obra de cualquier raza anterior. Y eso no obstante que es tan fácil condenar al mestizo hoy que está amenazado de disgregación, en tanto que el poderío del blanco renovado en Norte América se extiende victorioso por el mundo. Se necesita tener un criterio hecho a resistir las seducciones del éxito para perdurar en una fe que sólo va dejando en su camino la amargura, la desilución y el desastre. Sin embargo, hay no sé qué de profundamente disgustante y casi sospechoso en todo éxito demasiado brusco y resonante. Comúnmente, el éxito no responde sino a la limitación y al empequeñecimiento del ideal, y entonces es preferible, aun como acicate, para la ascensión al más allá: vale más una desolada desesperanza que una ruín y pragmática conformidad. ¡Prefiramos la eterna sal en la boca a tener que proclamar que la dicha es como un caramelo! Que adulen el presente los que en él se satisfacen.

Es cómodo, pero muy aburrido, eso de ser nada más el filósofo del éxito y además expuesto a no pocas sorpresas. Pues ya hemos visto que las razas americanas, precisamente a causa del aislamiento que las impuso el medio físico, se habían quedado en el limbo, en tanto que las razas europeas, constantemente trabajadas por las traslaciones y las conquistas, las emigraciones y la mezcla de sangres, pusieron tal cantidad de vida en acción que el impulso las llevó al descubrimiento de lo desconocido, las llevó hasta el Nuevo Mundo.

Vinieron a la América los españoles, y hay que desengañarse: vinieron los mejores. Porque al principio no procedían de la Corte, suponen algunos historiadores con criterio de **sirvientes de casa bien** que aquello fue una invasión de jayanes. Pero en aquellos tiempos, como en los actuales, no proceder de la Corte es ya una recomendación, y, por otra parte, lo que aquí hicieron los soldados de España supera a lo que se hizo no sólo en la Reconquista: supera en muchos casos a todo lo que se había hecho en la historia. La epopeya de las misiones castellanas es uno de esos capítulos heroicos que nunca sospechó la antigüedad, capítulos heroicos en la lucha del alma con las tinieblas. Lo cierto es que la mejor casta española vino al continente, la mejor en la devoción y en el esfuerzo. Como dominadores hábiles que fueron, es natural suponer que elegían la flor de las poblaciones indígenas, ya fuera para el hogar, ya para la enseñanza y el trabajo.

Los orígenes del mestizaje iberioamericano no son entonces tan turbios como a primera vista estamos acostumbrados a suponer. En

cierta manera procede nuestra estirpe de dos aristocracias vitales: selección rudamente probada y acendrada por el esfuerzo. Tan brusco fue, sin embargo, el encuentro, que la nueva situación producida entró otra vez en una especie de fermentación durante los trescientos años de la Colonia.

El primer brote autóctono se manifiesta en el movimiento de emancipación; pero autóctono en cuanto a la nueva raza mestiza, no en cuanto al indígena que ya no volvería a obrar por su cuenta. En efecto, la rebelión contra la Corona española la hubo también en la misma época en la península, y españoles fueron los mejores auxiliares del movimiento. El nuevo patriotismo perseguía fines económicos y políticos más bien que étnicos. Ni podía haber sido un movimiento de liberación del indio, sencillamente porque el indio ya no existía; no existió quizás nunca como entidad nacional y ya no existía espiritualmente, puesto que todo lo que sabe, todo lo que piensa, todo lo que hoy es, procede de la invasión europea. Lo suyo se disgregó, tal y como se han disgregado todas las antiguas culturas, para no volver más. Y en el centro del conflicto, para concretarlo y para sintetizarlo, quedó la enorme masa de la población mestiza, la primera raza realmente nueva que conoce la historia. Y he aquí a los mestizos presentándose en el mundo ante la injuria y la desconfianza de los unos, ante la mirada protectora e interesada de los más, y siendo presa, en el mejor de los casos, de un tutelaje que ninguno de los grandes pueblos desdeña ejercitar, aun cuando nos clasifiquen, como negroides, por lo bajo. ¡Así de pueril es el ansia de la dominación colectiva! Se diría que el mestizaje iberoamericano —Benjamín de la historia— atraviesa aquel estado pavoroso, pero lleno de misterio y de promesas que tienen que recorrer en biología todos los casos nuevos de la vida. Con las salvedades que sea necesario hacer, a causa de la diferencia de especies, me recuerda la vida mestiza iberoamericana la experiencia del naturalista Paul Bert, citado por Romanes. Se toman crustáceos de agua dulce y paulatinamente se les va cambiando el agua en salada. Los crustáceos padecen desazón inmensa y se mueren; pero no antes de que engendren una generación de crustáceos ya adaptados al nuevo elemento salobre. Así me explico yo la esterilidad evidente de la raza mestiza iberoamericana durante todo el primer siglo de su autonomía política. Aparentemente no ha hecho otra cosa que irse muriendo, mal habituada como está a un ambiente que no es ni el antiguo de América ni el de Europa. Bienaventurados, sin embargo, los organismos fuertes que tienen que avivar su dinámica y que castigar su destino para obligarles a que respondan con celeridad a las solicitudes de la vida. Y cuando esa dinámica no sólo se emplea, como la de los peces, en bajar hasta el ambiente para someterse a él, sino en forzar el ambiente y en forzar la historia, para que la vida entera mejore, entonces no se puede por menos de reconocer que esa tremenda palpitación nuestra es como un reto a las capacidades de la naturaleza. Yo no sé si el mestizaje latinoamericano sólo aprenderá, como los crustáceos del laboratorio, a mantenerse en el agua salada y ya bastante pútrida de las viejas maneras o si logrará superar al crustáceo y extraer del ejercicio de su adaptación fuerza bastante para volver sobre el medio y

engendrar una nueva cultura. ¡Pero veo en el triunfo remoto, mas no imposible, de esta aventura del mestizaje, la única esperanza del mundo!

Y procediendo como los castellanos que salían de la Madre España, porque la desesperación de una angustia fundamental les empujaba, yo me aparto del camino seguro de las imitaciones ideológicas de lo europeo y me refugio en la confusión misteriosa, en la incertidumbre de los impulsos de la nueva raza y de la venidera floración continental.

Sin embargo, guardémonos una vez más de la seducción de las meras frases y procuremos precisar más nuestro pensamiento. No creo que ningún hombre sincero se atreva a recomendar a los pueblos en formación un solo modelo de desarrollo. Todavía la vida de la especie entera es un proceso turbio y a menudo nauseabundo. Que nadie entonces imponga su propia cultura como modelo, ni está nadie autorizado para condenar un caso que apenas ha ido saliendo de las entrañas fecundas y embrolladas de la etnología. Toda variedad, según la ley formulada por Hugo de Vries, tiende a fundirse en una población tipo, si un factor no interviene para protegerla, es decir, para conservar sus peculiaridades. El factor protector suele ser, en el caso de las especies animales, la segregación de que hablan los naturalistas. La historia ya aplicó estos procesos a la vida humana, y hemos visto que el tiempo los castiga con la decadencia. La segregación, por otra parte, está hoy fuera de las prácticas del tiempo. El porvenir es hoy de mezclas y combinaciones cada vez más acentuadas y múltiples. La población mestiza de la América Latina no es más que el primer brote de una manera de mestizaje que las nuevas condiciones del mundo irán engendrando por todo el planeta. Al período de segregación y de aislamiento de las naciones correspondía la división y autogénesis de las razas. Al período de civilización, ya no nacional, ni siquiera racial, sino planetario, tiene que corresponder una raza total, una raza que en su sangre misma sea síntesis del hombre en todos los varios y profundos aspectos del hombre. He ahí la conclusión atrevida, pero fatal, que debemos de formular.

El germen de esta futura raza cósmica lo encuentro yo en la población contemporánea de la América Latina.

La variedad que esta raza representa no podrá seguir la ley de Vries o, más bien dicho, se ajustará a la segunda parte de la dicha ley, porque el accidente que constantemente la ha de estar renovando no sólo se encuentra en los cambios del medio físico, sino en el estímulo de todas las maneras de la cultura universal. El error del darwinismo, el error de todas las doctrinas que son fruto de observaciones de historia natural, consiste en querer aplicar al hombre las constantes que se descubren en reinos que no conocen el influjo de la voluntad inspirada o simplemente inteligente. Se desdeña de esta suerte el factor más importante de la potencialidad humana: el soplo que periódicamente agita a los pueblos y los lleva a cumplir sus destinos. Se reconoce que el más humilde barro es capaz de cobrar significaciones cuando un artista le imprime palpitación, y no se quiere ver que si la misma arcilla obedece, con mayor razón ha de hacerlo el elemento consciente que permea los pueblos, preciosa sustancia de la cual procede

todo lo que ante nuestros ojos remeda esplendor. El elemento vital, súbitamente inspirado de un propósito alto. ¿No es eso toda la historia? ¡Y lo que no es eso, no pasa de ser zoología! Y casi no hay raza que no haya sido capaz de encarnar, en alguna época de su evolución, un movimiento de estos que ponen a danzar la balanza de las previsiones. No olvidemos que de pura fuerza del espíritu están hechas las corrientes que tuercen el curso de los acontecimientos. Las grandes marejadas del ideal que se llaman el cristianismo y las cruzadas, y los descubrimientos, ¿qué fueron sino accidentes de la fuerza superior, accidentes que salvaron al europeo de caer en la soledad y el abatimiento del antiguo Egipto o de las civilizaciones aborígenes de América? Constancia, genio y audacia: he aquí las fuerzas propulsoras de cada destino.

En esta misma América, las dos fuerzas constructoras de lo que somos, ¿no fueron acaso dos fuerzas ideales, rápidas, intransigentes, dominadoras y altas: el espíritu misionero de los católicos y el credo inflexible de los puritanos?

Se nos ha negado la capacidad para engendrar un movimiento elevado de cualquier especie; se nos ha solido condenar en nombre de pequeñas y discutibles conclusiones de laboratorio. Tiempo es ya de que proclamemos nosotros también nuestra teoría. Si nada nos da el laboratorio extraigamos del aire las fuerzas de nuestra salvación, del aire, cuyos ritmos inextricables contienen llamamientos más imperiosos que las sordas regularidades superables de lo de abajo. Pero no nos quedemos en la pura imprecación, no esperemos a que el aire sople, convirtámonos en sople. Reflexionemos en que si no echamos a andar el presente, no se consumará el porvenir. Disciplinemos, iluminemos nuestra acción y hagámosla correr dentro de la misma ley de puerta abierta que ha sido la fuente de nuestra propia idiosincrasia. Con esto quiero decir que no abogo por la consolidación de un sentimiento de casta mestiza, sencillamente porque todos estos sentimientos son como altos en la carretera del progreso, y nosotros debemos ser lo que siempre está en marcha. Sigamos adelante con nuestro mestizaje, sin renegar de él, pero también sin envanecernos de su privilegiada lozanía de corazón. Sigamos adelante con nuestros criollos que representan el refinamiento más exquisito de lo castellano, algunas veces, otras su decadencia más lamentable; pero también en los dos casos una levadura llena de fermentos. Pongamos también atención en el hecho de que al lado del primitivo hispanoindígena se ha producido otro mestizaje más humilde, pero también importante como factor humano y también dotado de raras virtudes: el mestizaje de español y negro y de portugués y negro, el mulato, que tantos hijos ilustres ha dado a nuestras naciones y que tantos tesoros de inspiración y de arte contiene en su entraña recién gastada. Agregad aún a estos mestizajes, que llamaremos discutibles, el mestizaje indígena, el mestizaje negro y las combinaciones de estos dos tipos, tipos que están a prueba en el crisol de la vida; agregad a toda esta complicación los mestizajes de tipo europeo que se han constituido vigorosamente en el Sur del Brasil y en el Norte de la Argentina, mezclas de italiano y español y portugués y polaco y ruso; añadid aún las emigraciones asiáticas, asentadas en el Pacífico, y reconoceréis que ya es la América nuestra el continente de todas las razas.

Por primera vez se han juntado, sobre una misma y vasta zona del mundo, tantos y tan diversos pueblos, bajo pie de igualdad y con la mira común de empezar de nuevo todas las faenas del destino.

Ante este cuadro vigoroso y múltiple, hay sin duda razón para preguntar si los rasgos que va adquiriendo paulatinamente cada grupo no contribuirán a que el proceso de dispersión que se inicia a principios del siglo XIX con la independencia de las colonias continúe acentuándose. Particularmente entre los grupos de pura sangre europea, como los paulistas del Brasil y como los porteños de la Argentina y los uruguayos, se ha manifestado o se manifiesta por parte de ciertas minorías ilustradas la tendencia a constituir entidades aparte dentro de la vieja tradición iberoamericana. "Nada tenemos de común con el indio" —han dicho a menudo los descendientes del italiano recién importado—; "somos europeos puros" —se repite en Montevideo—, y aun del abolengo español se suele hacer punto omiso para imaginar formaciones étnicas semejantes a la blanca sin mezcla de los Estados Unidos del Norte, sólo que a base de las poblaciones latinas de Europa. Los que tal tesis defienden señalan con alarma el fracaso, un fracaso por ahora evidente, de los países que como México, Perú y Bolivia cuentan con una población indígena numerosa y con un mestizaje que suele ser más antisocial y más inepto que los oscuros indígenas. Hubo un momento en que pareció que, en efecto, el alma indígena antigua y su esperanza postrera que es el mestizo se verían absorbidas y aniquiladas por la invasión de inmigrantes europeos, más laboriosos y más bien preparados para vencer en la competencia económica feroz de los tiempos que corren.

La guerra europea, por una parte, y los avances del socialismo, que tiende a hacer más feliz la vida; la limitación de la natalidad, la enfermedad del nacionalismo, que se ha hecho otra vez aguda en el mundo antiguo, y las restricciones que el nuevo pone a la inmigración, todas estas causas diversas y encontradas se combinan para producir una disminución de la corriente emigratoria europea. Por otra parte, los emigrantes europeos ya establecidos en Iberoamérica han ido sufriendo la influencia del nuevo ambiente y se transforman, a pesar suyo, y al adaptarse no tienen más tradición sobre qué caer que la tradición hispanoindígena o que la tradición brasileroportuguesa. Los hijos de italiano, de polaco o de ruso, descendientes de padres muy europeos, comienzan por sentirse muy porteños, acaban por sentirse argentinos y terminarán por confesarse iberoamericanos. Resulta entonces que los que ya están establecidos conservan el poder de orientación, como si dijésemos el molde, aun cuando los nuevos aporten virtudes estimables y levemente transformadoras. Esto se explica también porque el inmigrante llega siempre en condiciones económicas y aun culturales inferiores a las de los nativos. No emigran a América los universitarios de Europa, sino las clases trabajadoras, casi siempre ignorantes, y que al mejorar de condición educan a sus hijos en los colegios, en el ambiente modelado conforme a la tradición hispanoindígena. De esta suerte, en el Sur, a semejanza de lo que ocurre en Norte América, se opera una absorción cultural de los recién llegados. Así, aun sin contar con la mezcla de sangres, cada nueva aportación étnica favore-

ce el desarrollo de esta que hemos llamado *Indología*, para darle de una vez un nombre que comprenda la argentinidad de Ricardo Rojas y la chilenedad y el peruanismo y las Antillas, y Colombia y México.

No sólo en el orden étnico, también en el orden económico, en todos los órdenes, la guerra europea ha sido para nosotros los iberoamericanos una prórroga. No sólo por lo que hace a Europa, sino porque también los Estados Unidos los ha distraído un tanto, los ha llevado a emplear energías en distintas regiones del mundo, y todo este período en que nosotros nos mantendremos como relegados a olvido nos puede, nos debe servir para consolidar nuestros intereses comunes y para atar firmemente nuestras relaciones continentales. Si durante esta espera logramos asimilar las poblaciones de origen reciente —entiéndase bien que no pretendemos aplastar los gérmenes que en ellos laten, sino incorporar esos gérmenes al árbol genealógico creciente de la patria continental—; si aprovechamos asimismo esta espera casual para fortalecer nuestra autonomía económica, a la vez que la espiritual y la política, entonces la causa entera del iberoamericanismo se mantendrá a salvo. Recordemos, sin embargo, que la historia generalmente es parca en oportunidades y no anda ofreciendo dos veces el premio gordo en la lotería del destino.

La inmigración volverá y la recibiremos, como siempre, con beneplácito, pues de sobra sabemos que el destino de América es abrigar a todas las gentes; pero es necesario que esta inmigración nos encuentre dignos de seguir construyendo un ideal que por más vasto y más alto reemplace los ideales nacionales del inmigrante nuevo. Sabido es que, por ejemplo, la inmigración de españoles no ofrece para nosotros ningún problema, pues que en seguida se asimilan a nuestro ambiente y lo enriquecen con sus fuertes virtudes —la inmigración de pueblos latinos en general ofrece las mismas ventajas—; pero es menester que procuremos hacernos tan amplios que también los sajones encuentren entre nosotros ambiente de cordialidad y oportunidades para el desarrollo de aptitudes que serán para nosotros un estímulo, un ejemplo, un nuevo germen. No olvidemos que el sajón no está excluido de ese sincretismo de culturas que es la base y la ley de nuestro concepto del iberoamericanismo.

El llamado Mundo Nuevo, a semejanza del antiguo, ha visto cómo las civilizaciones florecen y decaen. Las civilizaciones, en efecto, van y vienen, pero el compuesto humano, la raza particular que crea cada período de florecimiento cultural, generalmente sobrevive a la época de su propia capacidad constructiva. El desarrollo social de un pueblo queda interrumpido en cierto instante y, sin embargo, el pueblo sigue viviendo y continúa reproduciéndose. Los griegos de la época del poderío romano habían dejado de existir como miembros de una cultura poderosa y, sin embargo, perduraban como raza y se mezclaban a otras modificándose, pero a la vez manteniendo siempre vivo algo de su idiosincrasia original. Cuando Cortés llegó al Anahuac, los indios de Moctezuma carecían hasta de noticias respecto a los constructores de las pirámides de Teotihuacan; sin embargo, no puede dudarse que un gran número de estos indios llevaba en las venas la misma sangre de los antiguos constructores de monumentos. Los aztecas, que relativa-

mente eran unos recién llegados, pueden no haber sufrido tales influencias; pero las capas sometidas, pobladoras más antiguos, sin duda poseían en la carne y en el alma la herencia de los remotos creadores de civilización. A su vez los invasores no sólo no pueden destruir totalmente al pueblo sojuzgado, sino que fatalmente se mezclan con él y por medio de las relaciones sexuales reciben una influencia cuyos efectos se manifiestan en seguida en la nueva generación. El hecho es que nuestras razas indígenas, por lo menos los indígenas del trópico, distan mucho de ser una raza primitiva, como tantos antropólogos han querido juzgarlas. Podrán acaso constituir casos de decadencia, pero de ninguna manera ejemplares de evolución retardada o apenas iniciada. Se podrá aplicar si acaso el título de raza primitiva al indio de Nuevo México —aunque más bien debiera clasificársele como un caso de civilización provinciana, ya que toda su cultura era un reflejo de los centros más avanzados del Sur—; pero es evidente que no se puede calificar de razas primitivas a las que construyeron antes de la llegada de los españoles los centros de cultura de México y de Guatemala y del Perú. Primitivos son, en cambio, los pieles rojas.

Por aquella época del florecimiento indígena así como más tarde durante el coloniaje español y hasta el final de los siglos XVII y XVIII el ritmo de la civilización del Nuevo Mundo se movía de Sur a Norte, al revés de lo que sucede en nuestros tiempos. En efecto, a partir de la Declaración de la Independencia de Norte América, los impulsos del progreso se generan y se transmiten de Norte a Sur; desde el clima frío hacia el clima cálido y así se explica este pasajero des- crédito de todo lo que es tropical.

Pero, volviendo al asunto de la raza, observemos que la masa de nuestros indígenas constituye una raza antigua y refinada que ha conocido días de esplendor y atraviesa ahora por un largo eclipse lleno de amargura. Al ponerse en contacto esta gente con el invasor español se produjo el fenómeno más característico de nuestra actual situación etnográfica: la mezcla ilimitada, irrefrenada de los conquistadores y los vencidos. Se creó desde entonces en la América Latina un tipo étnico mezclado, totalmente distinto del tipo de blanco puro que había de dominar en Estador Unidos. Y todo un sistema social también completamente distinto del norteamericano, puesto que en Norte América las diferentes razas conviven pero sin emparentar. El negro, por ejemplo, constituye en los Estados Unidos un mundo aparte, en tanto que entre nosotros se casa con el indio y produce el mulato. La influencia del negro en la cultura norteamericana es meramente cultural; se le deben por ejemplo, la música y el baile de aquel gran país; pero entre nosotros la influencia del negro es mucho más íntima, ya que después de una o más mezclas se confunde con nosotros, se pierde en el oleaje oscuro de la población mestiza.

La primera vez que el mundo pudo darse cuenta de la aparición de este nuevo ser étnico que es el mestizo iberoamericano fue allá en el siglo XVI, cuando comenzaron a publicarse las obras, célebres en nuestra literatura, del Inca Garcilaso de la Vega. Descendía el Inca de padre español y madre peruana. Se nutrió su juventud con las leyendas de los vencidos, y, aunque personalmente se educó en la clase do-

españ

minante, sus parientes maternos, sus relaciones locales, le impregnaron del sentimiento indígena. Posteriormente vivió en España y se llenó allá del alma de su raza paterna; todas sus emociones complejas las dejó escritas en páginas del más vivo interés; su alma fue el primer puente tendido entre las razas antiguas y la raza nueva de la América española. Difícilmente se halla en su época una figura más grande en la misma España que la de este mestizo Garcilaso de la Vega que tomó en su conciencia la tarea de hacer una sola alma con el conflicto lacerante de las dos civilizaciones rivales. Nadie pensó entonces que este mestizo era inferior ni a sus antecesores indígenas ni a sus antecesores castellanos.

La suerte del mestizo de Iberoamérica ha tenido que sufrir, entre otros contratiempos, el haber nacido dentro de una civilización que pasaba a segundo plano. El progreso extraordinario de los norteamericanos hijos de pura cepa europea ha hecho que el mestizo caiga todavía en mayor descrédito que el latino de España o de Italia, porque siquiera los latinos de Europa tienen un gran pasado ilustre, en tanto que nosotros nacimos en una época en que ya el centro de la cultura se había desplazado muy lejos de nuestra cuna.

Pero queda en pie el problema étnico que representa el mestizo y queda aún sin solución. El problema de raza tan grave entre nosotros no es menos agudo en los Estados Unidos, aunque allá esté planteado no en forma de mestizaje, sino en sistema de separación absoluta de sangres.

Para mejor juzgar el sistema español del mestizaje, en comparación del sistema inglés de prohibición de relaciones matrimoniales entre cada grupo étnico, compárese, por ejemplo, la obra de los ingleses en la India con lo que hicieron los españoles en sus colonias de América. Desde un punto de vista cultural, no cabe duda que los efectos de la colonización española son mucho más hondos, pues mientras los ingleses siguen siendo en la India extranjeros invasores, los españoles hicieron de la América una España grande. Y en ella ven reproducidas su sangre y su misma alma, aun cuando ya no la tengan políticamente bajo su dominación. Y se explica, los españoles emprendieron una verdadera conquista de almas. Lograron reemplazar una civilización retardada como era la indígena por una civilización en ascenso, como la de ellos en la época de los descubrimientos. Para una empresa ideal de este género se puede creer que es legítimo emprender una conquista. Los modernos sistemas de coloniaje y de mandato a la inglesa y a la francesa, cínicamente apoyados en intereses comerciales, no se proponen siquiera lo único que podría justificarlos: la evangelización del mundo musulmán. Reemplazar el despotismo oriental con los métodos civilizados y democráticos de Occidente podría ser una bandera moral comparable a la lucha de los misioneros que abolieron los sacrificios humanos. Pero no sólo no se intenta encarnar una cruzada de este género, sino que las grandes potencias del día cometen la vileza de fundar Institutos de Sabiduría musulmana y Mezquitas. No digo que debieran arrasarse las mezquitas, pero sí que todo el esfuerzo de los nuevos colonizadores debiera emplearse en la conquista moral; es decir, en el mejoramiento espiritual de las poblaciones sometidas. No

se debe destruir una raza, pero sí puede emplenderse su educación. Pero este aspecto del intercambio de las relaciones sociales sólo se ha comprendido en las dos épocas grandes de la historia. Sólo lo han realizado naciones que estaban bajo la influencia de los dos más grandes movimientos espirituales que han conmovido a la humanidad: el cristianismo y el budismo. La India antigua y España con Portugal: he ahí las dos razas verdaderamente conquistadoras, porque no se limitaron a ocupar territorios y a vender esclavos, sino que ganaron voluntades y libertaron almas.

En general, desde los tiempos más remotos, cada vez que dos pueblos se encuentran se produce el acercamiento sexual que crea mezclas más o menos complejas y más bien se ha pensado que estas mezclas son ventajosas para el desarrollo de la especie. El prejuicio del color de la piel es más bien un sentimiento moderno y quizás procede de debilidad de parte de los que se abstienen de matrimonios con extraños. El español de América tomaba mujer indígena, sin reflexionar casi en lo que hacía y muy seguro de que, siendo el amo y señor, todos sus actos redundarían en bien. En cambio, el inglés de la India probablemente experimenta el temor de ser absorbido por una población más numerosa que la de su patria y en algunos casos más refinada y más culta. De ahí ese empeño en defender la casta original, ya que no se está áseguro de que ella se imponga al exterior como se impuso el castellano.

El hecho es que perduran en nuestros días los dos sistemas de relación de razas distintas sobre un mismo territorio: el sistema de los cruzamientos voluntarios y el sistema de la absoluta separación por lo que hace a la vida sexual. Y si nosotros en la América Latina padecemos los efectos todavía discutibles del cruzamiento, los Estados Unidos mantienen vivo en su seno el pavoroso problema negro. Lo menos que se puede decir de nuestro sistema y acaso también lo más que de él puede decirse es que es más humano y más cristiano porque acerca más a los hombres. El gusto resuelve entre nosotros —y cada día irá prevaleciendo más el mero gusto— cuál es la raza, cuál es el tipo más codiciable para los trabajos de la reproducción. Nuestro sistema de base emotiva está quizás más cerca de los fines profundos de las vidas que el otro sistema hecho de cálculo y de rigurosa prohibición.

Por otra parte, es demasiado tarde para que nosotros quisiésemos intentar un cambio de prácticas; no nos queda más recurso que seguir valientemente por la aventura del mestizaje fortaleciendo nuestro intento con todos los poderes de la reflexión y del saber, pero dejándole entero el sentido todavía insondable de su misión.

Dentro del mismo México el mestizo —que si alguna patria puede reclamar como suya es aquélla— no está, sin embargo, exento de rivalidades a veces feroces; desdeñado del blanco y visto con desconfianza por el indígena, padece de la suerte de todo el que se aventura en lo nuevo.

De México se puede afirmar que si mañana, por virtud de un cataclismo, quedase cortada la comunicación con el mundo exterior; si el país volviese a quedar en el aislamiento en que lo encontraron los españoles, al cabo de pocos siglos veríamos que de allí había desapa-

recido no sólo el blanco, también el mestizo y con pocas variantes se encontraría allí un nuevo descubridor, otra especie de reinado de Moctezuma. Algo de esto se ha podido sentir en determinados instantes de nuestras más recientes revoluciones que en muchos casos aislados se convierten en una verdadera reivindicación indígena que fácilmente sobrepasa los límites de lo económico y lo político para imponer aún determinados rasgos de costumbres y de traje. Lo que claramente revela la intención espiritual de estos brotes que por otra parte nunca llegan a una expresión clara, sencillamente porque nunca existió lo que pudiera llamarse un nacionalismo indígena, ni mucho menos una psicología colectiva. El aislamiento relativo en que viven las naciones y las tribus sin lazo de lengua o de instituciones explica que sea absolutamente ilusorio cualquiera designio de resurgimiento. Sin embargo, durante la rebelión zapatista se vió el caso de que el traje europeo fuese totalmente desechado en toda una extensa región y de que los descendientes de europeos que se afiliaban al movimiento adoptasen la indumentaria indígena, incapaces de conservar, ya no digo de imponer la suya. En cambio, la ideología era francamente importada y la devoción religiosa se mantuvo alrededor de las viejas enseñanzas de los misioneros católicos. Lo que prueba que el espíritu europeo ya se impuso aun allí donde el hábito y el cuerpo suelen manifestar indicios aislados de resistencia.

Si como hemos visto moral y espiritualmente la raza mestiza demuestra cualidades y defectos que son todavía consecuencia del período de formación por que atraviesa, también en lo físico es de observarse esa variedad de rostros que es frecuente encontrar en la tierra mexicana, como si el modelo definitivo todavía no se hubiese conformado, y si por excepción se producen tipos de una extraordinaria belleza, en general más bien es feo el promedio de la nueva raza. Fea es también la mayor parte de la raza indígena; pero esto no depende tanto de herencia como de las condiciones de trabajo en que viven el indio y el mestizo. Los campesinos de razas europeas tan bellas como la portuguesa se ven degenerados, afeados a causa del rudo trabajo; lo mismo puede decirse de los holandeses pobres. La fealdad es comúnmente una consecuencia de la miseria. La belleza es fruto del cuidado y el lujo.

Gústete o no a la aristocracia blanca que es la dominadora de nuestros tiempos, el hecho es que la hora del mestizo se acerca. Mestizajes europeizados en la América Latina; mestizajes confusos en todo el Oriente —el Oriente siempre ha sido mestizo— mestizajes prohibidos en Norte América y en el Canadá; pero, ¿qué va a pasar si se cortan los puentes? ¿Qué sucederá con el negro que por lo mismo que socialmente es inferior se reproduce más que el blanco de la capa dominadora? ¿Qué sucederá con todas estas élites contemporáneas? Ya han empezado a preguntárselo y generalmente se discute el problema en términos de milicias y de combates por la existencia. Pues la maldita teoría de los blancos dominadores sigue hablando de exterminio y no advierte que a la hora de las venganzas siempre son las minorías selectas las sacrificadas, aunque muchas veces ellas representen formas superiores de vida colectiva. El remedio, sin embargo, es muy sencillo,

el remedio es un procedimiento que corresponde a la era universal que vivimos. El remedio está en aplicar los mismos tipos de educación y de vida a todas las razas; es decir, se necesita acabar con los prejuicios de raza y levantar el nivel de las inferiores. Porque la raza inferior siempre se venga de sus dominadores devorándolos. La defensa del débil está en la cantidad. Un instinto diabólico lleva a las masas de los esclavos a multiplicarse sin límite, hasta que la masa se mueve y se convierte en ola que arrasa. No queda, pues, sino mestizaje o tutelaje. O la mezcla de todos buscando la unión y el incremento en el amor y la excelencia o por lo menos el mejoramiento de asimilación de todas las poblaciones de la tierra.

Lo que nosotros debemos defender con intransigencia es el principio de que no valen en nuestra zona las doctrinas ni las prácticas de la casta cerrada ni de la tradición unilateral. Insistimos en que la parte nuestra del continente no es patrimonio exclusivo del indio ni del negro, pero tampoco del blanco, y que el asiático no está excluido, porque el sentimiento fundamental del ciclo de civilización que con nosotros se inicia es la reunión de todos los tipos después de la larga era del castigo de la dispersión. De la mezcla armoniosa no saldrá sin duda el superhombre nietzschiano, el selecto de Darwin, de maxilares de tigre que devora a sus afines. Lo que puede salir es el Totinem (del latín *totus* = todo; *inem* = hombre), el hombre todo, el hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie.

Combatir la dispersión y convertir todas las fuerzas aisladas hacia un propósito común: tal es la más urgente tarea de esta parte del mundo. A fin de que el aislamiento a que inclina el medio físico no vuelva a hacer de las poblaciones recién constituídas otras tantas nacionalidades indígenas, pongamos a contribución la técnica moderna que establece las comunicaciones a través de los mares y por encima de las montañas. Para combatir la recaída en el tipo único que ahoga las variantes fecundas y provoca la recaída de que nos hablan los naturalistas, insistamos en la incesante renovación y entrelazamiento de las razas. El ejercicio avivado del poderío espiritual no sólo a las razas las llevará adelante, también al mismo modelo físico irá imprimiendo normas acomodadas a los fines superiores. Tada una serie de procesos nuevos y de procesos contradictorios del pasado. ¡He ahí la enorme dificultad de la tarea iberoamericana! Lograremos reemplazar los patriotismos locales con un generoso patriotismo continental? ¿Lograremos crear el tipo étnico acabado o sólo conseguiremos acabar de destruir los caracteres autóctonos contemporáneos? He ahí algunas interrogaciones para las que no basta imaginar respuestas, ya que hace falta improvisar soluciones. La improvisación es nuestra calamidad porque es nuestra fatalidad. La vida nos ha tomado de prisa. Este es el continente de la no espera. Y no espera porque los otros continentes nos están urgiendo y porque nuestra hora ha comenzado a sonar. En nosotros se levantan los siglos. Por lo pronto, tenemos que ir recurriendo a esos andamios inevitables de toda construcción, andamios que permiten ir levantando la torre y corrigiendo los caracteres de su estructura. Uno de esos andamios que nos han de servir para verificar el tránsito del nacionalismo al universalismo y del mestizaje al Totinis-

mo, de que hablábamos hace un instante, uno de nuestros más eficaces instrumentos de cohesión lo hallamos por ahora en la lengua común. El idioma español en las patrias hispánicas y el postugués, afín del castellano en el Brasil; he ahí el lazo común, más vigoroso que cualquier tratado o que cualquier carta política. Nuestro mismo patriotismo tenderá a convertirse en un patriotismo lingüístico. Nos sentiremos ligados de esta suerte, a través de los mares, con poblaciones como la filipina, que tiene además con nosotros el parentesco de un mestizaje hispanoasiático, gemelo del mestizaje hispanoindígena. Vasto como es nuestro continente, la lengua castellana nos da de esta suerte, una patria todavía más vasta que el continente y más universal: una patria que tiene como colonias lo mismo el Asia Menor sefardita que el Africa marroquí. Quizás el mundo entero tiende a la integración de estos vastos imperios lingüísticos que serían mucho más racionales, mucho más de acuerdo con el espíritu, que todos los nacionalismos que hasta hoy han forjado el comercio, el azar y la espada. Frente a la evidencia poderosa del **english speaking world**, ¿acaso no es legítimo hablar de un mundo español, de un mundo libre como el del inglés, respetuoso de todas las soberanías locales, pero uno ante el peligro, uno en la labor y uno en la gloria? Así concibo la estapa próxima de esta civilización índica, dando al término índico el sentido universal que ya he señalado. Concibo que la cultura índica se esparcerá por el planeta, pero no según la regla inglesa que trae implícita la doctrina seleccionista darwiniana de la eliminación de las razas inferiores para supervivencia del blanco. Nuestra doctrina será, como ya he dicho, **totinista**. Buscará una manera de selección a la que contribuyan todas las razas con lo mejor de sus dotes. Panhispanismo, pero a fin de lograr totalismo. Ya no pangermanismo ni pananglicismo, ni siquiera hegemonía de los blancos, sino hegemonía de los mejores de todas las castas y aparición de la casta final, la totinista. La vida total sobre el planeta renovado.

Más que la tierra propia, el idioma va a ser entonces el vehículo de este poderoso movimiento sintetizador de energías humanas.

Me diréis que esto no va a ser entonces una raza, por que el concepto de raza supone parentescos de sangre, en tanto que el idioma es un vínculo impalpable que puede abrigar en su seno a distintas razas y a distintas naciones muchas veces en pugna unas con otras. Y responderemos que no se trata, en efecto, de dar una preeminencia a una raza determinada, sino de crear una que abarque las mejores aptitudes de todas y por lo pronto el mestizaje y el idioma serán los factores de la nueva creación. Todos los viejos conceptos tienen que corregirse y transformarse de acuerdo con las exigencias de un nuevo ciclo de cultura que será, como es natural, el creador de sus propias miras y de sus propios arreglos. Qué suerte de liga política deberá establecerse entre todas estas enormes asociaciones humanas, es otra cosa que apenas podemos imaginar para el futuro inmediato, pero ya no para el lejano. Ni importan tales arreglos ruines, que hasta la fecha no han traído más que desventura y vergüenza sobre la familia humana. Las repúblicas iberoamericanas, ¿formarán ligas defensivas, a la manera de la antigua y clásica Liga Anfictiónica? Tal vez se logrará más bien, antes de llegar a fórmulas políticas de escaso valor, entrar de lleno en la unifi-

cación de nuestra vida económica, mediante la supresión de las aduanas internacionales, y en la unificación de la enseñanza, etc.

Lo cierto es que para levantar el ánimo hoy deprimido en unas naciones por el caudillaje y en otras por la opresión económica, se hace necesario que adquiramos conciencia de nuestro propósito y de los medios que nos ayudarán a alcanzarlo. Se hace necesario, muy particularmente, que pensemos con la cabeza que está sobre nuestros hombros y que percibamos con los sentidos de nuestro cuerpo, pues ha sido hábito nuestro ahorrarnos el trabajo de pensar, leyendo y aceptando lo que de nosotros se dice fuera de la América, informaciones y juicios indolentes y viciados de inexactitud. En el desastre que padecemos no sólo se nos ha destrozado la unidad territorial que nos hubiera permitido constituir un maravilloso país común, sino también lo que constituye el alma de la nacionalidad iberoamericana: el idioma español se presenta por algunos como un habla ya decaída y fraccionada en dialectos que "no se entenderían en España".

Por fortuna, en realidad las diferencias son de aquellas que enriquecen y vigorizan una lengua, lejos de quitarle unidad. Salvo el empleo de unos cuantos términos y modismos locales —que por otra parte ya van adoptando los diccionarios comunes— no hay el menor motivo de incompreensión del lenguaje hablado desde el Norte hasta el Sur. No cabe duda de que existe mayor unidad lingüística en la América española que en la misma España, donde suelen perdurar junto con el español los idiomas locales. En la misma Inglaterra sobreviven el escocés y el dialecto de Gales, y no por eso se le ocurre decir a nadie que el inglés está en descomposición. En nuestra América perduran como lenguas habladas el maya y el zapoteca y el guaraní y el quechua y quizás otros veinte dialectos que ninguna conexión tienen entre sí y que carecen de expresión escrita y de fuerza de difusión. Así, pues, no oponen la menor resistencia al castellano; todo lo contrario, cada una de estas lenguas ha contribuido a aumentar el léxico castellano, tal como sucede con los lenguajes de las colonias. En cambio, esos mismos idiomas lentamente desaparecen y desaparecerán del todo porque la edad en que vivimos tiende a la simplificación en las cosas menores y no permite, por lo mismo, el lujo de manejar muchas lenguas. La necesidad cada día creciente de conocer siquiera dos lenguas universales trae implícita la sentencia de muerte para todas las lenguas de corta difusión, por ilustres que ellas sean. El arraigo, pues, del castellano en toda la América de origen hispánico es firme y creciente. Y aunque es cierto que la lengua parece haber sufrido un estancamiento en los últimos años, en los dos últimos siglos, ello probablemente no es sino la consecuencia misma de la enorme difusión que tuvo que sufrir a consecuencia de la vastedad sin paralelo de sus conquistas. El manto ideal de la lengua extendió su abrigo sobre gentes extrañas, en forma que no había abarcado jamás ninguna lengua, y somos tantos los que nos hemos estado cubriendo de su esplendor que forzosamente los hilos se han distendido y ha ido quedando uno que otro claro, y quizás el castellano no dispone hoy de todos los términos que son menester para el manejo de tal o cual arte, de tal o cual disciplina de invención reciente; pero, en cambio, ninguna otra lengua ha prolongado de tal

suerte sus ramazones ideales, ninguna otra tiene tan anchos y lozanos los cauces para ir recibiendo dentro de su propia estructura todos los hallazgos útiles, todos los modos del viajero que retorna de lejanías remotas.

Ningún idioma ha hecho un esfuerzo comparable, he dicho, y no exceptúo ni al inglés, por la sencilla razón de que el inglés ha hecho coloniaje más bien que proselitismo. La táctica inglesa de poner un cerco alrededor del establecimiento de ultramar y batir desde allí al enemigo, a reserva de ir corriendo el cerco, es mucho más simple que el sistema español, hecho de entrega cabal de la personalidad con todas sus perversidades y con todas sus excelsitudes. No es sino hasta época reciente cuando el inglés ha emprendido la tarea de hacerse hablar por las poblaciones sometidas, en tanto que el español ha ganado adeptos desde hace cuatrocientos años entre gentes que no son de la raza española. Esta superación del límite étnico, hecha de una manera sistemática, puesto que el misionero lo que hacía en primer lugar era enseñar el idioma en que estaban los textos sagrados, no se había intentado jamás en la escala americana. ¿Qué de raro tiene entonces que el ingenio español aparezca atacado de cierta morosidad en lo que hace a neologismos y en lo que hace a ciertos primores de estilo, que son más bien propios de las literaturas ociosas por falta de una gran tarea humana?

Si el milagro de América es haber producido, después de tantos siglos de historia, una raza completamente nueva, tal como la constituye ese mestizaje hispanoindígena que es hoy base de mestizajes más complejos, ¿no es también caso de asombro que esa nueva raza no haya tenido que elaborar, como lo han hecho otras, un idioma propio, tarea que le habría robado siglos de esfuerzo mental, sino que se presenta armada con un idioma ya evolucionado, ya hecho, ya ilustre y ahora lozano de modismos y de giros y de términos? El peligro que quizás se presentó en alguna época, el peligro de que el idioma degenerara en dialectos acomodados a las modalidades de cada región, queda conjurado por el lenguaje escrito, que siempre se ha mantenido uniforme y se ha conservado como punto de referencia común. Por otra parte, esta misma fijeza relativa del idioma literario ha contribuido a que dejen de prosperar determinadas maneras incorrectas o muy locales de decir, porque esos localismos no han sido llevados por lo general a la categoría de la escritura. Los argentinismos del teatro moderno argentino, como los numerosos mexicanismos del cuento nacional, han aparecido como variedades literarias en una época en que ya no era peligroso su empleo, sino simplemente curioso y a veces, aunque raras veces, agradable. La defensa más poderosa de la uniformidad del idioma se encuentra en una institución que no conoció la antigüedad y que nunca pusieron en obra los viejos imperialismos: me refiero a la escuela primaria. El primer país que dedicó atención esmerada a la organización de la enseñanza elemental fue la Argentina, y esta circunstancia ha sido feliz porque era allá precisamente, en el país más apartado y de colonización más reciente, donde el peligro del descastamiento era mayor. Cuando se contemplan las clases de las escuelas primarias de Buenos Aires, compuestas de niños que proceden de razas ilustres de Europa, y que, sin embargo, ejecutan todas sus tareas y ento-

nan sus cantos en castellano puro se comprende cuán fútil era la alarma, no siempre sincera, con que algunos denunciaban la corrupción de la lengua española en la América.

Gracias a la labor de las escuelas, el idioma se va salvando y perpetuando en sus maneras esenciales y por encima de localismos que fueron creación del criollo de cierta época y que con el criollo de entonces desaparecen. Así sucederá con los italianismos de la población porteña recién asimilada: algunos quedarán incorporados definitivamente a la lengua; pero los más desaparecerán junto con la generación intermedia que los inventa. Las escuelas representan, pues, un órgano sistemático de depuración, y esto, por lo mismo que significa un plan, acaba por imponerse a las variaciones que no proceden más que de los tanteos y la confusión de un uso multiplicado.

El tesoro de la lengua española no lo trocará el iberoamericano por ninguna otra lengua. Ya no digo el criollo, que con razón ve en el castellano la lengua propia; ni el mestizo, que no tiene otra, pero tampoco el indio podrá ser infiel a una tradición lingüística que vino acompañada de atrocidades, es cierto, como lo han sido todas las otras importaciones lingüísticas, pero que ya representa para el indio mismo una conquista y una ventaja. Se dirá que hay indios que todavía no conocen el castellano, y esto es exacto en una medida escasa; pero, dadas las corrientes profundas que hoy conmueven a nuestros pueblos, no es aventurado afirmar que antes de veinte años el castellano habrá acabado de penetrar hasta el alma de las poblaciones más recónditas. Ningún otro idioma está en condiciones de ralizar esta difusión en tan poco tiempo. Así es que aun cuando no hubiese más razón que ésta, con ella bastaría para afirmar que está fuera de discusión la posibilidad de que otra lengua arraigue como medio de expresión nativo en la población de los países que fueron de Castilla.

Tal como conviene al vasto ciclo de civilización que en la América Latina se inicia, nos hemos mostrado generosamente amplios en la definición de todas nuestras normas formativas: nacionalismo que cede ante los intereses superiores de la nueva raza; concepto de raza que no se ciñe a una sangre, sino que acepta la aportación de todas las aptitudes contenidas en las distintas variedades del tipo humano; civilización libre que asegure justicia a todos los hombres. Pero, ¿no incurrimos acaso en estrechez cuando nos aferramos al idioma castellano como medio común y necesario para la constitución de la personalidad de la nueva raza? ¿Por qué no había de ser raza tan compleja y adelantada biligüe o trilingüe? No deberá serlo sencillamente porque ni Europa debería serlo, y lo que es una calamidad legada por los tiempos no vamos nosotros a erigirlo en modelo. Precisamente para que no se renueve en América la confusión de Babel que reina en la pobre Europa, no vamos nosotros a fomentar el poliglotismo, siendo más sencillo, más útil y más civilizado procurar la simplificación de lo que no es más que medio y procedimiento. Nótese que no hablamos de supremacías lingüísticas —argumento que en el caso del castellano no sería fácil desechar sin reflexión—, sino de ventajas que redundan en beneficio de la civilización y del espíritu. Causa pena ver el tiempo que se pierde en estar manejando palabras que más o menos dicen lo mismo

en diferente son y con diversos signos, cuando ese tiempo y esa atención los reclaman la vida y el pensamiento. Se siente aterrado un hombre de educación europea cuando sabe que el chino se pasa los mejores años de estudiante descifrando jeroglíficos que no hacen sino señalar y numerar las cosas; es decir, un oficio que nuestras lenguas alfabéticas realizan en seis meses de enseñanza. Pues algo parecido le ocurre al iberoamericano que ha viajado desde el río Bravo hasta el Plata con su diáfano español y entra después en Europa a recorrer Estados y Estaditos a través de los cuales cada doce horas de trayecto o cada seis cambia no sólo de idioma, con frecuencia hasta los signos del alfabeto, como en el caso de los pueblos balcánicos. Habernos salvado de este caos es uno de los servicios que más debemos agradecer al castellano. La potencia emigradora y reencarnativa de esta lengua vigorosa no ha sido igualada por ninguna otra. Y por lo mismo que el crecimiento apresurado ha sido su destino, no teme el cambio y está lista para enriquecerse y aun para evolucionar en otra habla más universal, si así es necesario, o para fundirse en el idioma que la vida moderna, hecha de comunicación de todas las gentes, tendrá que ir elaborando para sustituir todos estos idiomas medioevales en que nos expresamos y que son como las murallas de la época de donde proceden. Derribarlas será progresar. El viento de una nueva lengua universal, soplará alguna vez sobre toda esta carcoma de los idiomas usuales. Ningún Tabú entonces, ni el Tabú del idioma. Todos nuestros valores prestos al holocausto en el instante en que lo demande la voz superior de la vida. Pero entiéndase bien que la renuncia ha de ser libre, voluntaria y conciente, cuando así convenga al interés de la especie. Jamás, en cambio, si sólo se trata de sustituir una tradición limitada por otra tradición limitada, ni mucho menos si es la imposición de la fuerza la que consume el trueque. Templada y flexible la voluntad y suelta la fantasía, que ninguna aventura noble nos halle indiferentes. Pero no olvidemos el buen juicio, que es el secreto de los constructores; buen juicio para apreciar los obstáculos y para aprovechar los recursos: clara percepción del fin y unas alas que vayan alejando el fin.